

## EXALTACIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES EN HONOR DE LA SANTÍSIMA Y VERA CRUZ DE NUESTRO SEÑOR

Con vuestra licencia Soberano Señor Crucificado.

Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Antigua, Siempre Ilustre, Venerable, Pontificia, Real, Fervorosa, Humilde y Seráfica Hermandad y Archicofradía de Nazarenos de la Santísima Veracruz, Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Tristezas de María Santísima.

Viernes Santo de 2006. Estrenaba el Triduo Pascual Vaticano el actual Pontífice reinante Benedicto XVI, ahora de visita en Tierra Santa.

Ese día y por voluntad propia incorporaba a la bellísima liturgia de la Adoración de la Cruz, gestos que perdidos en el tiempo, vislumbraban la grandeza y la pobreza del culto al Glorioso Árbol desnudo en que Cristo padeció por nosotros.

Caminaba el Santo Padre descalzo, como anónimo nazareno penitente, sin anillo del pescador ni solideo, sin mitra ni báculo. El Siervo de los Siervos de Dios y Dulce Cristo en la Tierra, como lo llamara Santa Catalina de Siena, pisaba con sus pies el frío mármol de San Pedro y se acercaba a venerar al Crucificado, que despojado de su rango y sin apariencia humana, tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos.

Así, en una Hermandad, que antaño conoció la grandiosidad, el lustre y el esplendor en la casa Grande de San Francisco, y que después el tiempo la enmarcó en el espíritu de la austeridad y pobreza, quisiera acercarme a este atril: descalzo, despojado, pobre, sin nada, como Moisés en el pasaje de la Zarza ardiendo que nos narra el Éxodo, porque el lugar que piso es terreno sagrado.

Éste singular Calvario que presides Tú, cosido a tu Vera Cruz, porque después de haber amado a los tuyos que estaban en el mundo, los amaste

hasta el extremo. Aquí en tu campo, se huele y se demuestra, que todo en esta Seráfica casa del Dulce Nombre de Jesús, está por ti consagrado.

Consagrado por Tu divina presencia y por la Palabra que 40 insignes mantenedores de estos juegos florales en honor de Tu Santísima y Vera Cruz han elevado hasta las cumbres más altas de la perfección.

Gracias Hermano Mayor , querido Kiko y Junta de Gobierno por darme la oportunidad de ensalzar vuestro primer titular y por hacer de vuestra Hermandad una casa acogedora, en la que todos los forasteros, nos sentimos gracias a vuestro calor, parte de la nomina de esta Siempre Ilustre y señera Archicofradía..... Gracias Enrique por tu presentación. Nadie como tú goza del aval de poner en la Cruz y en aquellos a los que ayudáis a llevarla, el Gran Poder de Dios. Gracias por tu presentación y gracias por la ejemplaridad de tu vida familiar y cofrade por la que siento sana envidia.

Venid conmigo todos los cruceros a acompañar este santo madero rodeado de soledades en este invierno de la fe que padecemos. Venid descubiertos, en la pobreza de quien se siente nada a los pies del que ha regado y redimido nuestra alma hasta con la última gota de la preciosa sangre vertida de su costado.

Una Cruz que preside un campo de abandono de amigos en estos tiempos de desplantes, de mujeres rotas de dolor llorando, como las que aun mantienen la fe inquebrantable en nuestros cultos, en nuestras parroquias, en nuestras hermandades.

Un campo de mofa e insulto de quienes igual que antaño en el Pretorio, tendrán que aprender a lavarse la boca antes de pronunciar con tanta ligereza Su dulcísimo nombre.

Un campo de burla y desprecio para los que guardan resentimientos y viejos rencores similares a resfriados mal curados, auténticas pandemias de un mundo que ha cogido el gripazo, de señalarte como causa de todos sus males.

Un campo de espinas, clavos, latigazos, porque el Mesías tiene que padecer mucho y hoy también, para entrar en Su gloria aunque de nuevo en el camino huyan tantos.

Un campo de Reino prometido para un ladrón que con sólo una frase robó el cielo al Redentor y la desesperación del incrédulo en su análoga suerte, compartiendo el mismo árbol de injuria y vergüenza.

Campo de sed saciada en vinagres por los profetas del miedo; campo de abandono en las manos del Padre que le hizo probar ese Cáliz; campo donde se yergue la esbelta figura del que pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal.

Campo en que a sus pies, la más rota de dolor en Tristezas, aguanta el chaparrón de la sinrazón de un Hijo que sería, y Simeón barruntara, bandera discutida que pondría en claro la actitud de muchos corazones, cuando la espada del dolor atravesara su alma.

La Hermandad escoge a un sacerdote para exaltar algo tan cotidiano en su vida como la cruz. No sólo la de la incomprensión, la crítica fácil, la falta de agradecimiento, la injusta etiqueta o la soledad que muchos curas sufren a la intemperie de un mundo complicado y adverso, sino la Cruz que en el trato diario palpa en los más desprotegidos que al sacerdote acuden buscando auxilio.

Todos mis hermanos en el sacerdocio son, por propia vocación, hombres de cruz, la dolorosa y la que triunfante se levanta después de haber caído.

Por eso saben de lo que hablan.

Ungidos para ayudar a Cristo a portar su cruz, poniendo la espalda para que Él recueste el madero pesado, hecho con todos los dolores y tristezas de la humanidad, y al mismo tiempo, hombres de cruz, para prestar las manos y recoger las cruces que los hombres han ido tirando y llevárselas ellos para que se salven.

Escogidos entre lo necio, torpe y pobre del mundo, como canta la Escritura, repiten una y otra vez el signo de la Cruz para perdonar los pecados que a los hijos pródigos alejan de su Padre, para convertir el pan y el vino en Eucaristía prenda para la vida eterna y memorial incruento del martirio de

la Cruz; para bendecir la unión de los esposos y el hogar que se funda o para despedir a los nuestros en el último viaje hacia la Vida.

La Palabra de Dios encumbró la Cruz como único camino de seguimiento para el que apostaba por la novedad de Jesús. A ella acudo, porque Ella es la mejor mantenedora de estos juegos florales, porque es la mejor fuente en que beben las flores que brotaron del noble travesaño, cuando resucitado se quedó, como signo de victoria de la Vida sobre la muerte.

Precisamente de Vida florecida, Cruz de Pascua que nos alza y a la que exaltamos. Cruz como signo de victoria sobre la muerte, cruz en continuo florecimiento.

El filósofo francés Gabriel Marcel escribió: «amar a alguien es decirle: tú no morirás jamás».

La muerte de Jesucristo no acabó en el sepulcro. Floreció para siempre en la resurrección, signo de su triunfo definitivo y primicia del nuestro.

Es lo que celebramos en las jornadas de la cincuentena pascual, lo que festejamos adornando los patios en cruces de Mayo, los días del amor más grande en que comprobamos el inconmensurable amor de Dios al mundo en los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Son misterios de cruz y de luz. Son misterios de dolor y de gloria sin ocaso:

José Luis Martín Descalzo decía que:

«La cruz es la gloria.

La gloria es la cruz.

Jesús sufrió y después fue glorificado.

Su gloria estaba ya en la entretelas de la cruz porque el viernes santo y el domingo de pascua se juntan. Son un único día.

“Hasta que el hombre no comprenda esto tiene incompleta su alma». Sentenciaba.

Por eso Cristo quiere ser, tiene que ser levantado sobre toda la tierra para atraer a todos hacia él.

Porque con su Cruz llegó la hora de que fuera glorificado el hijo del hombre; y que el grano de trigo que se plantara en el Gólgota muriera.

Al alba de aquel tercer día, la cruz reventó en vida y en resurrección. El amor no podía quedar estéril porque el amor verdadero nunca es infecundo.

Si nada hay más grande sobre la tierra que la cruz de Cristo, nada hay más grande todavía sobre cielos y tierras que la cruz florecida, que la cruz transfigurada, que la cruz resucitada de la pascua siempre nueva.

La historia de la humanidad y del hombre, es un grito unánime y hasta desesperado de un sueño de resurrección. De gente muerta que vagan por la vida como fantasmas a los que les falta alma, la experiencia del Resucitado.

Es la resurrección la página que lo explica todo, la luz que ilumina todo, el aroma que lo perfuma todo, la seguridad que lo invade todo.

«Si Cristo no hubiera resucitado –recuerda San Pablo a los Romanos– vana sería nuestra fe»

Nada ya podrá con nosotros, nada ya podrá apartarnos del amor de Dios: ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la enfermedad, ni la muerte. En todo vencemos por Aquel que nos ha amado y nos ha amado hasta hacerse cruz redentora, cruz que despunta, cruz transformada, pascua sin ocaso, humanidad nueva y aurora de eternidad.

La cruz nos lleva a la luz como el Tabor fue prelude, anuncio y anticipo del Calvario.

El Calvario no es sólo el monte santo de la cruz sino también y, sobre todo, el jardín de la resurrección, la montaña sagrada de la luz y de la vida en que nos dejó las heridas del costado, de los pies y las manos como valiosa herencia.

## EXALTAR Y DEFENDER LA CRUZ

La Cruz, es también el árbol desde el que un hombre maltrecho dicta la lección más sublime de libertad. Y aquellos que lo desoyeron y prefirieron la mentira a la verdad, la soberbia a la humildad y el egoísmo al amor, terminaron en la tiranía y la esclavitud.

Porque el que sirve a Cristo no solamente elige el yugo más suave, sino que encuentra la verdadera libertad (que no consiste en hacer lo que se quiere sino lo que es bueno), y se vuelve soberano de sí mismo.

En el Calvario hallaremos la ciencia de la vida, el libro abierto del amor, la cátedra magistral de la verdadera sabiduría.

Gran escuela del amor y la sabiduría es la Cruz, de un Dios clavado y abierto, como expresaba grandiosamente Lope de Vega:

“¿Pero cómo, clavado, enseñas tanto?  
Debe ser que siempre estás abierto,  
¡Oh Cristo, Oh ciencia eterna, Oh libro santo!”

Santo Tomás de Aquino decía que en ella, se nos dan "ejemplos de todas las virtudes" y San Juan de la Cruz escribía que "para entrar en estas riquezas de la sabiduría de Dios, puerta es la CRUZ y es angosta. Y desear pasar por ella es cosa de pocos".

Pero, con todo, hemos asistido recientemente a un incomprensible espectáculo, en ésta llamada antaño Reserva cristiana de Europa y Católica España; a una campaña orquestada que se empeña en dictaminar, a golpe de leyes, que la Cruz cuesta y repele y hay que esconderla o cuanto menos evitarla.

Todo esto me lleva a pensar en aquellas palabras de Jesús desde la cruz, dirigidas a Dios Padre: "perdónales porque no saben lo que hacen".

Una de las cosas que "no saben" quienes tienen esta alergia al Crucificado es quién fue y qué enseñó Jesucristo, y qué ha significado en los últimos

veinte siglos de historia de Europa y de la civilización europea en el mundo.

El crucifijo es una síntesis del Evangelio, y el Evangelio no hace daño a ningún ateo, ni al creyente de otras religiones. Pedagógicamente es bueno y justo que un niño aprenda la lección que nos da la Cruz: la lección del perdón, del amor de Dios al pecador, la lección de la dignidad de la persona humana que según las enseñanzas de Jesús merece siempre nuestro respeto y amor aunque sea nuestro enemigo. Es ser solidarios con todos los crucificados.

Crear que un judío crucificado es Dios, ha sido y será siempre un escándalo para la razón ilustrada. Pero a este Dios Crucificado le ha seguido desde Santa Ángela de la Cruz hasta millones de mártires que al morir perdonaban a quienes les mataban. A muchos en tiempos no muy lejanos los llevaron al patíbulo por encontrar entre sus enseres personales una pequeña cruz. A otros le partieron la boca con el mismo crucifijo que con devoción besaban y cuantos por no pisarlo o escupirle para salvarse del tiro de gracia, la agarraron con fuerza como abrazaban la palma del martirio.

Una lección para los jóvenes de hoy a los que a diario trato, como los que el Domingo de Ramos en la Plaza de San Pedro levantaban una imponente y majestuosa Cruz de 4 metros.

Benedicto XVI les ha recordado que “cuando tocamos la Cruz, tocamos el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo, el misterio maravilloso del amor de Dios, la única verdad realmente redentora

¿Qué es la cruz ayer, hoy y siempre? ¿Ocurrirá con nuestra generación o con la que nos pisa ya los talones, como acontecía en tiempos de Jesucristo, que veían en la cruz el mayor de los escándalos y de los signos de burla y de maldición?

Nada se ha inventado ni más grande ni más importante que Ella. Nada salva ni purifica como la cruz. Nada ilumina, sana, limpia, acoge, abraza, ama y perdona como la cruz, como cantara Santa Teresa de Jesús en sus soliloquios de amor con su Cristo muy llagado.

San Pedro quiso quitarle a Jesús, la Cruz de la cabeza, y éste enfurecido le recriminaba, “Apártate de mi Satanás que me haces tropezar, Tú piensas como los hombres, no como Dios”.

Hemos ofrecido y mostrado la cruz lucida, la facilona, la cómoda, la de cantoneras de oro y maderas nobles que cruzaron los mares, que en nada recuerdan el mensaje que en ella misma subyace por esencia : “Quien no la lleva, no es de los míos”.

¿Qué entrañas se mueven en los miles de jóvenes que nos cruzamos en la bulla en Semana Santa cuando ven en los pasos al que pende del madero?;

¿Qué experiencia interior les puede brotar cuando en medio de su ruido diario cruza en silencio el que expira en el Calvario?;

¿Qué disyuntiva fue la que determinó que al sacar la papeleta de sitio dijeran en voz alta en la casa hermandad que ellos siempre han sido de cruz más que de cirio?;

¿Se han familiarizado con el Nazareno y sentido en sus hombros el peso que en su propia carne padece el que sube por la Vía Dolorosa insultado y vejado?

Hoy de nuevo, navegando en tiempos convulsos y extraños para la Fe, en los que muchas hermandades pierden su parte de instrucción religiosa por desasimiento, conviene recordar las palabras del profeta Zacarías,

«Mirarán al que atravesaron».

En una cruel ceguera de rumbo, ajenos en saber dar sentido a nuestras obras y actos, hemos emprendido guerras huecas y vanas donde lo superficial es lo que adquiere sentido.

Ante la incapacidad de poder desentrañar el misterio de vida que pende de la Cruz, creamos batallas desde la nada, denunciemos que los crucifijos son eliminados de las instituciones públicas, mientras se enmascaran argumentos políticos bajo una batalla torpe y sin sentido en la que nunca se tiene claro qué es lo que se defiende. Nosotros, los primeros.



Puede llegar a ser aterrador que se pelee por signos – culturales, religiosos, parte de nuestra sociedad, entre ellos la Cruz.– y dejar de lado los valores, el modo de vida, la auténtica experiencia del Yugo llevadero y la carga ligera, que esto es la Caridad cristiana y no otra cosa...

De nada sirve desempolvar crucifijos y colgarlos, si no somos capaces de enseñar a nuestros hijos, a nuestros penitentes, a nuestros cruceros, el misterio que conlleva tan divina Imagen; si no hacemos la celebración de la Fe el día a día de nuestras vidas; si somos cristianos faltos de oxígeno para vivir y darnos cuenta donde mora “el Cuerpo de mi Cristo tan llagado”.

Si es así, seguiremos mirando al que atravesaron, seguiremos enseñando a mirar al que atravesaron, pero desde una óptica lejana y vacía.

“Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. ¡Venid a adorarlo!”.

Allí está, en lo más alto de nuestras torres y espadañas, en el exterior de nuestros templos y en los altares de nuestras iglesias; hemos aprendido desde niños a persignarnos en la frente, en la boca y en el corazón con ella, la marca el torero en el albero, antes de salir a la plaza, cuelga de las cadenas de nuestro pecho por encima de las medallas, preside nuestra cama, la mesa de nuestros despachos, formamos parte de hermandades muy antiguas que desde sus orígenes tuvieron como objetivo primordial el darle culto.

Todo lo que se haga en su nombre, tendrá sentido y merecerá la pena, cuando ella sea la bandera que ondee en todas las conciencias y sabiéndonos vencedores tan sólo por enarbolarlas como hizo Constantino, antes que su madre Santa Elena la encontrara el primer 3 de Mayo de la Historia-

‘in hoc signo vinces’, en este signo, la victoria.

Decían los antiguos, ‘maldito el que cuelga de una cruz’. Miremos nosotros, ahora ya sin miedo, sabiendo que, al contrario del pensamiento

anquilosado de esos antepasados, no sólo es bendito el que de la Cruz pende, sino que es su mano el mejor apoyo al que aferrarse para tener por segura la salvación del alma.

## ORACION

Oh Cristo de la Vera-cruz, que pones al revés las jerarquías de nuestros valores, que chocas con nuestra imaginación, que inquieto nos abres el corazón a otro modo de preguntar, a otro modo de conocer, a otro modo de vivir.

Tu Padre Dios no es el de los triunfadores. Es el Dios de los que entregan su vida a una causa y fracasan, el Dios de los torturados, el de los mártires, el Dios de los profetas asesinados, el de los dirigentes encarcelados, el de los pastores que entregan su vida por las ovejas.

Sólo los que en la entrega total pueden dar un grito desesperado de esperanza, revelan cómo es el Dios del Cristo de la Vera Cruz.

Qué de veces hemos considerado Tu muerte como aislada de tu vida, sin tener en cuenta las causas que te llevaron al patíbulo.

Qué horrendo ha sido quedarnos en el "culto" a la cruz, sin preocuparnos de seguirte crucificado: Te hemos desvirtuado, te hemos quitado la fuerza. Te hemos convertido en adorno y hasta en una señal de poder.

Cruz, cuatro letras tan solo y qué inefable maravilla de destino y finalidad: "toma tu cruz y sígueme"- . Ninguna otra palabra tiene tan breve y radiante contenido. Solo una y de la Cruz mana: AMOR.

Amor de Cruz peregrinante en tu búsqueda confiada; Amor de tu mirada, mar siempre en calma profunda; Amor de tus manos por tu capacidad de misericordia; Amor de tu oleada de estertor de tórax, sangre de más valor que ninguna; Amor de tu alma dormida, manantial de Eternidades.

Alabanza conmovedora a Ti, Cristo de la Vera-Cruz, sencillo, hondo como la vida, como la cercanía de la muerte, quién sabe cuándo y dónde...eso que tanto se teme y que tantas lágrimas han soñado y sueñan con imposibles regresos.

De su inexorable certidumbre hablaron todos los hombres de la Tierra.

Lope de Vega contaría entre sus veinte millones de versos y sus dos mil obras aquello de: "flor al hielo, rama al viento leve"; y señalaría la tremenda fragilidad de la que llamamos jubilosamente vida.

Cervantes y Quevedo recitaron que "la muerte lleva siempre la victoria", y Fernández Cid la llamaría: "un infinito sueño sin ensueño".

"Danos, Señor, al menos, el consuelo  
de apoyar algún día nuestra frente  
junto al palo mayor, mástil perenne".

"¡Quédeme, Señor, aquí!,  
para que en toda hora te halle  
porque es así, entrañablemente en Ti,  
en el verdor de tu cera,  
donde la oración espera tu gloria.

En ese trasluz, Señor,  
de tu Vera-Cruz  
o de tu Cruz Verdadera"

Sueño de contemplación con el que termino, esperando encontrarte cuando como Tú, entregue al Padre el último suspiro.

Cristo de la Vera-Cruz, Tú eres mi asidero, hazme buen samaritano y guía al que tuerce el sendero, que en mis hermanos sufrientes te descubra lacerado y que mi oración te vaya, del patíbulo bajando:

Te bajaré de la Cruz,  
de la Cruz te iré bajando,  
para abrazarte Señor,  
para quitarte los clavos,  
para entregarte a tu Madre  
en Tristezas sollozando,  
que terminó la Pasión  
y el cielo vamos tocando.

Te bajaré de la Cruz,  
Cruz de todos los pecados,  
desde los tiempos de Herodes  
y desde Poncio Pilatos  
y aquellos que el hombre hace  
con su mal año tras año.

Te bajaré de la Cruz,  
pues tu bendito costado,  
manó la Preciosa Sangre  
que en Tu pecho se ha grabado.  
Sangre de amor y de espinas,  
Sangre de tus pies descalzos,  
la que calma los pesares  
del pobre y necesitado,  
del enfermo que en su rezo,  
se queda por Ti sanado,  
del preso que con su Fe  
quedó libre y rescatado,  
del desnudo, del sediento,  
de aquel que durmió en Tus brazos  
y se despertó en el cielo,  
lleno de paz y descanso.

Te bajaré de la Cruz,  
de la Cruz te iré bajando,  
como el mensaje de amor  
de un hábito franciscano  
que entre llagas descubrió,  
un manantial y un remanso,  
una oración y plegaria  
para vencer Tu Calvario.

Y así lo anuncia Sevilla  
y lo proclaman tus labios,  
en silencio, cada Pascua,  
cuando se abren tus manos  
como se abren las flores  
y macetas de los patios:  
clavellinas, jacarandas,  
hierbabuenas y geranios,  
todas las flores Señor  
convertidas en sudario  
porque Tu cuerpo es Pasión  
raíz que es planta y es árbol  
y es tronco que humedecido,  
hace que se alegre el nardo  
como fragancia mecida  
en los varales del palio.

Mira que siento la luz  
como cirios, tramo a tramo,  
mira como te levantan,  
mira que te están llevando  
la oración del costalero  
y el del ruán y el esparto:  
Padre Nuestro, Ave María,  
¡Gloria al Espíritu Santo!,  
fruto del vientre bendito,  
del que fue crucificado  
pero anduvo victorioso  
sobre el mar resucitado,  
repartiendo bien y paz  
y el amor a sus hermanos.

Mira que siento la luz  
que alumbran Tus pies cruzados,  
luz de cuatro hachones verdes  
por Aponte y calle Baños,  
luz que en Tus lágrimas, Madre,  
hacen alegría el llanto  
y aleluyas tu Dolor  
y dulzura Tu quebranto,  
luz que alumbran Tus Tristezas  
la noche del Lunes Santo.

Te bajaré de la Cruz,  
de la Cruz te iré bajando  
cuando brille la Giralda  
y con Tu cuerpo en mis manos  
serás primavera eterna  
en Sevilla el mes de mayo.

He dicho